

Cuentos para una Velada

© Martha Estrada, 2004

mestrada_1999@yahoo.com

«HECHO EL DEPÓSITO DE LEY»

lf0742004800198

ISBN 980-12-0516-4

© Seccional de Profesores Jubilados de la APULA

Ediciones Acontecer

Todos los Derechos Reservados

Mérida - Venezuela, 2004

Diseño, ilustración y fotografías:

Ana Wendy Guillén L.

artexactosys@cantv.net

Impresión: Gráficas Quintero, C.A.

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela



Martha Estrada

CUENTOS
PARA UNA
VELADA

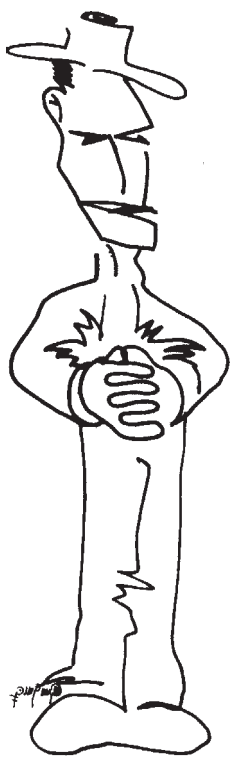
Ediciones Acontecer

Seccional de Profesores Jubilados de la Asociación
de Profesores de la Universidad de los Andes.

Fondo de Publicaciones SPJ-APULA

4º Encuentro de Seccionales de Profesores
Jubilados de Universidades Nacionales

CONTENIDO



PREFACIO.....	6
PRÓLOGO.....	7
EL ACTO PERFECTO.....	8
EL BAUTIZO.....	10
LA HAMACA.....	12
EL OLOR.....	14
CATARSIS ICONOCLÁSTICA.....	16
BASURA IDEOLÓGICA.....	18
LA CLASE.....	20
PREDICCIONES NEFASTAS.....	22
EL BORRACHO.....	24
EL MONSTRUO.....	26
CONVERSACIONES ENTRE DIOS Y DIABLO...	28
LOS HIJOS DE SALUSTIO.....	30
EL TÍO VIRGÍNEO.....	32
PETICIÓN DE MANO.....	34
EL MEJOR AMIGO.....	36

PREFACIO

Nada resulta más importante y significativo para la Secretaría de Asuntos Culturales de la Seccional de Profesores Jubilados, de la Universidad de Los Andes, que plasmar, en ediciones cónsonas, el hecho creativo de los agremiados, máxime cuando éstos han resultado de una rigurosa selección decidida por jurados altamente calificados.

Estos criterios han privado para publicar el libro de cuentos, titulado “Cuentos para una velada” de la profesora Martha Estrada, que como tal obtuvo el Primer Premio en el Concurso Nacional, realizado en el marco del IV Encuentro Nacional de Profesores Jubilados de las Universidades Venezolanas, en noviembre de 2003, en la ciudad de Mérida.

Prof. Eleazar Ontiveros Paolini
Secretario de Asuntos Culturales de la
Seccional de Profesores Jubilados de la Apula

Cuentos para una velada

Martha Estrada se une a los maestros del cuento breve que, como el caso de **Gabriel Jiménez Emán** en *La Gran Jaqueca*, fusionan importantes elementos de la narrativa para sacudir las conciencias a los lectores, y también a escritores, quienes ya experimentamos las vicisitudes que nos deparaba el alba del naciente *Siglo XXI*.

El humor, el cinismo, lo maléfico, lo libidinoso, lo absurdo y la mofa, son algunos de los elementos más fuertes explícitos en su prosa. Cito tres de ellos: *El olor*, donde lo macabro y lo morboso dan un toque magistral a la narración. *La Hamaca* es un extraordinario ejemplo del manejo del humor negro:

“Algo tenía esa hamaca. Todo el mundo quería probarla, los de la casa y también las visitas. Ya la hamaca era famosa en la ciudad y, semanas después, empezó a llegar gente de todo el país. Por último, se enteró el Papa y con toda su comitiva se hizo presente para probar la hamaca. Cumplida la prueba, se dirigió a la multitud que aguardaba su veredicto y dijo: Ociosos”.

La mezcla de lo libidinoso y la moraleja se capta, perfectamente, en *El borracho*: un hombre que es violado por un inesperado joven para cambiarle el curso de su existencia o transportarlo hacia otra razón suficiente, razón perversa de la *Humanidad* de la que formaba parte.

Estrada y Jiménez Emán –pese a la distancia que imponen sus particulares estilos- saben que el *short story* (tan admirado por cineastas como **Steven Spielberg**) exige un esfuerzo riesgoso de *inteligencia sinóptica*.

Si no tiene la fuerza persuasiva de un aforismo, el *cuentocorto* lucirá fatuo. En los textos de **Martha Estrada** percibo una fluidez escritural nutrida de perspicacia y burla, empero siempre iluminada por un discurso o anécdota que busca y consigue provocarnos un impacto a juzgar por el talento que le imprime a los cuentos desde sus comienzos.

Tan difícil es trabajar el *cuentocorto* que no tiene la abundancia de cultores que exhibe la poesía en América Latina. En nuestro país, los hacedores de *shorts stories* mantienen una preeminencia indiscutible.

ALBERTO JIMENEZ URE
(jimenezure@hotmail.com)
Mérida, Venezuela, Enero de 2004

EL ACTO PERFECTO



Cada vez que ella llegaba al teatro, Crupie se transformaba en mono, en ola, en huracán. Se desarmaba y se recomponía. Intentaba decírselo, pero las mil voces de su amor se ahogaban en el laberinto del silencio. Los años seguían mofándose de Crupie. Sin embargo, él no desistía en su empeño por conquistarla.

Día a día ensayaba nuevos personajes sólo para ella: Seré tucán. No, mejor, brisa marina. Mejor, un león magnífico... Ella sonreía y aplaudía cada acto de este ser tan espontáneo que no se cansaba de divertirla con sus ocurrencias.

Fatalidad o descuido. No se sabrá nunca, porque ella no lograba ver más allá de las graciosas representaciones, aquel brillo amoroso que permanecía tras los bastidores de los ojos de Crupie.

Una tarde lo encontró estirado en el escenario. De lejos parecía un muerto, sonrió halagada, y orgullosa se dijo: Hoy hace de muertico, mi querido bufón. Al acercarse notó que Crupie retenía la respiración, pues pecho y vientre estaban inmóviles. Lo llamó, no respondió. Entonces, por primera vez en tantos años, lo tocó. Su piel fría, rígidos los músculos, el acto perfecto. Apenas los labios continuaban tibios cuando ella los cubrió con un beso prolongado y extraño.

Al día siguiente dos urnas salían del teatro.

EL BAUTIZO



El evento había sido planificado con especial esmero: los padrinos, las invitaciones, la sala de fiestas, el buffet, los fotógrafos y los recuerditos. Sería el bautizo más comentado del año.

Llegó el momento, entre aromas y trajes de elevadísimo precio se reunieron los invitados en el lugar convenido.

El ritual comenzó con los ademanes y las frases habituales.

De pronto, a los padrinos se les resbaló de los brazos. Nadie podía creerlo, pero se fragmentó en doscientos cuarenta y tres pedazos.

El autor aclaró: Es mejor así. Su título era: "Fragmentos ilegibles".

LA HAMACA



Algo tenía esa hamaca. Todo el mundo quería probarla, los de la casa y también las visitas. Ya la hamaca era famosa en la ciudad y, semanas después, empezó a llegar gente de todo el país. Por último, se enteró el Papa y con toda su comitiva se hizo presente para probar la hamaca.

Cumplida la prueba, se dirigió a la multitud que aguardaba su veredicto y dijo: -Ociosos.

EL OLOR



Corre aterrada, le duele el muslo herido. Jadeante, alcanza la puerta del rancho. Da un aullido y parte el planeta en cruz.

-¡Hija! ¿qué te han hecho?

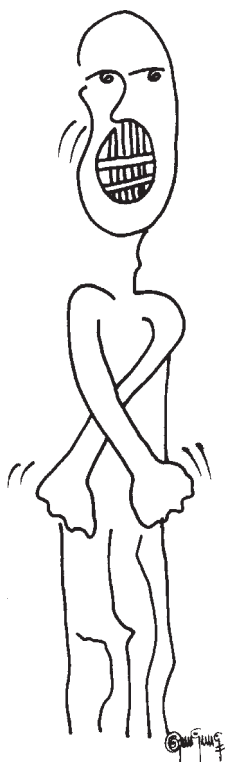
Ella entra y tira la puerta. Nada... los perros del Capitán. El viejo va y cierra la ventana a las estrellas. -Ven a los brazos de papá; no más sufrimiento, voy a curarte, ¿cuánto ganaste? A ver... cuatrocientos bolívares, alcanza, pero dejemos ese dinerito por aquí. Mañana no olvides lavarte antes de entregar guardia, hijita; tú sabes, no es el olor de los marineros... es el olor de nuestra familia. El viejo la abraza con fuerza. Ella piensa en un pulpo inmenso asfixiándola; quiere huir, pero revive su infancia, el libro de lectura, el único en su vida: "mi papá me mimas, mi papá me ama".

Papá comienza a bajar el ajustado vestido de popelina. Se inclina y, anhelante, va levantando la tela para descubrir, escultor de la carne, su mejor obra.

El viejo ronca a ritmo de olas. Ella, desnuda, se levanta, abre la ventana, salta y camina su propia noche. Lloras al acordarse de tía Ventura: "La gente mala nunca ve las estrellas". Ya en la orilla, ella mira el mar desde su condena.

El gallo sube a la ventana del dormitorio y al cantar une la cruz del planeta. Ahora puede navegar el sol. En la cama, huesos y olor a sangre. Frente al rancho, ocho perros duermen satisfechos. Ya en cubierta, ella mira el mar desde su libertad.

CATARSIS ICONOCLÁSTICA



Su anhelo era ser oído, contemplado y admirado por todo lo que tiene ánima y voz. Sí, porque sin voz no habrían podido nutrirlo con frases y gritos de alabanza.

Su presencia era agradable, pero de breve luminosidad. Efímero, aunque se sintiera divino... ¡qué cortedad la del hombre obstinado en querer ser más interesante para los demás, de lo que ellos lo son para sí mismos como unidades irrepetibles del cosmos!

Cierta noche se soñó solo, en un planeta de atmósfera sonora saturada de ondas dolorosas. Ni un solo ser para adorarlo y él allí, impregnado de esa hiriente soledad. Regresó a sus admiradores ansiosos, fóbicos, neuróticos, insomnes, y al observarlos desde él, como nunca antes su obcecación se lo permitió, los encontró sostenidos por ese dolor universal de su sueño. Cada ser sufría interesándose en sus inter y exter, o dándose a otros, o identificándose con ellos. Comprendió la imposibilidad de mudarse al cuerpo de amigos y amantes para amarlos desde lo profundo. No habría personalidades, ni caracteres, sólo mudanzas continuas por diversos motivos. Invasión interminable con bombardeos de ilusiones y desesperanzas. Nadie hablaría de: "estar en paz consigo mismo", porque no existiría el "mí mismo", sino otro que entra, vibra y sale sin avisos ni delicadezas, una constante turbulencia prolongada e inevitable. Y así, con el viento sujetándole los fragmentos vitales, salió el ídolo a respirar los menos.

BASURA IDEOLÓGICA



Éranse una vez dos escritores de pueblo, quienes durante cincuenta años consecutivos habían ganado los premios del Consejo de Concreción Cultural. Lograron fama en su tierra y además una amistad sólida. Todas las tardes disertaban en el Café Cheché frente a sus tazas de dicitamo real.

Cuando uno de ellos llegaba antes, y algún admirador acercándose, respetuosamente le preguntaba: -¿Qué opina usted de la obra de su amigo? decía: Basura ideológica.

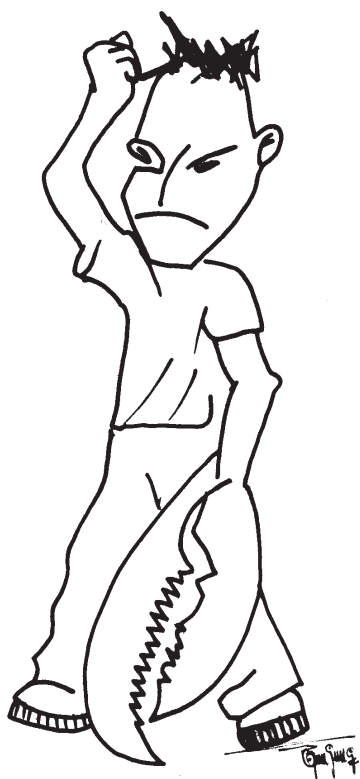
Cuando era el otro quien llegaba primero, contestaba igual: -Basura ideológica.

La tarde de no sé qué día, algo ebrios, celebraban la quincuagésimasegunda premiación, entre risotadas, gritaban, y en todo el Café Cheché se les oyó decir: -¿Los clásicos antiguos y modernos? ¡Basura ideológica!

Días después, alguien extrañado, al ver pasar dos urnas en fila, acompañadas de eminentes personalidades del pueblo, preguntó si serían gemelos.

Uno de los asiduos visitantes del café dijo: -No, basura ideológica.

LA CLASE



Llegué hace una semana a este apartado lugar donde los árboles están tan juntos como si temieran algo y las personas viven inexplicablemente alejadas. Es de mañana, hay clases.

Estamos entrando al salón, entre sonrisas y saludos los alumnos han ido sentándose y ahora contemplo un colorido mosaico ondulante. Abro la carpeta, busco los materiales del día y cuando levanto la mirada, sólo me queda observar a los estudiantes casi pegados a las paredes.

En el centro del gran círculo despejado para el combate: dos cangrejos cuyas caparazones tienen el tamaño de las llantas de un camión. Se inicia la pelea. Con la respiración muy sostenida, vemos cómo se van levantando unas tenazas enormes, se cierran y se abren dos, tres, cuatro veces, sin acertar en punto alguno. Son muy hábiles estos crustáceos. Sin embargo, el más corpulento se descuida por un instante y recibe un certero golpe de tenaza. Cae, como una rama seca, la tenaza del vencido. Nadie osa moverse. El cangrejo intacto levanta sus pinzas brillantes y, como si fuera una bailarina española, las hace sonar cual castañuelas macabras.

Nosotros ya casi no resistimos la inmovilidad, la respiración tan lenta y el silencio obligado. El monstruo avanza y con movimiento rápido y preciso secciona la última posibilidad de defensa de su contrincante.

De pronto alguien toca. Vemos entrar al director, quien avanza confiado hacia el lugar de la contienda y, con toda tranquilidad, exclama:

-¡Otra vez peleando!

PREDICCIÓNES NEFASTAS

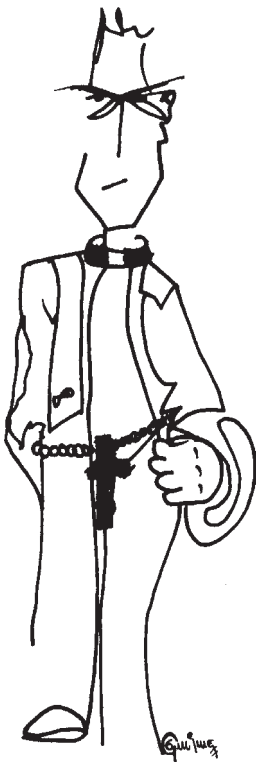


Brumie llegó a mi casa en una tarde lluviosa. Era un tipo extraño, de mirada esquiva; sus gestos de ratón. Eligió el sillón más gastado de la estancia. Hablaba con ritmo inesperado interrumpiendo a los compañeros de velada. Pero todo no acababa ahí, apenas sonó la campanilla, corrió hacia la mesa y trepó de un ágil salto, no sin antes dar un agudo chillido similar al de una rata gris. Todos nos miramos asombrados ante esa conducta errática. Sin embargo, continuamos disertando sobre diversos temas mientras los mozos servían las aromáticas obras de arte culinario y los exquisitos vinos del sur de Francia.

Brumie miraba, atónito, el desfile de delicias, aunque yo noté que su principal objetivo era el juego de cubiertos de plata que lo amenazaban como proyectiles. No resistió más y después de inclinarse sobre el plato, comenzó a utilizar sus manos de afiladas uñas, como cubiertos que no necesitan de estudios especiales para usarse. Los comensales terminaron por hacer caso omiso al drama, hasta que al finalizar la cena, casi a punto de dejar la mesa para salir a los jardines de la mansión, Brumie emitió un chillido que ensordeció a los invitados y se transformó en una robusta rata peluda de unos diez kilogramos de peso y mirada dulce.

El nuevo Brumie habló para disculparse y explicar que su intento por ser humano sólo le sirvió para aceptar que es mejor ser una rata decente, y de romántica mirada, que un tipo extraño, de mirada esquiva, con gestos de ratón y que, además, no sabía cómo utilizar los cubiertos. De inmediato el gentil Brumie salió del comedor y se perdió en la claridad de la Luna Llena. Reinó un silencio absoluto.

EL BORRACHO



El borracho se desplomó en la acera. El sacerdote acababa de sacarlo de la iglesia, donde se había quedado dormido. Llovía, hacía frío, la noche estaba muy oscura.

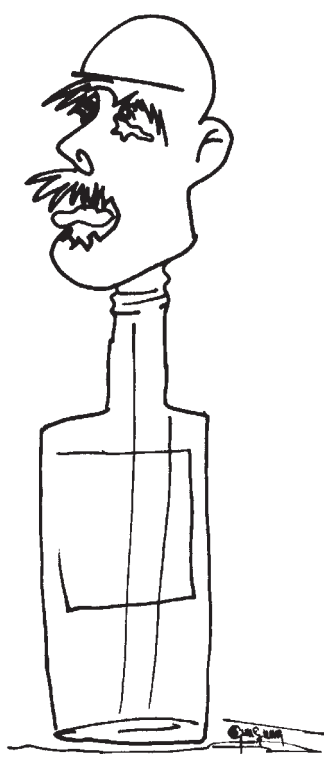
Horas después, un hombre todo de negro se sienta junto al borracho, parecía que iba a tocar su pecho para saber si aún el alcohol le había dejado algo de vida. O quizá pensaba llevarlo a un lugar seco a dormir su error. Pero no, simplemente le registró los bolsillos, sacudió el agua de los billetes y se alejó.

Un poco más tarde, se acercó a paso breve un joven alto y muy delgado, miró alrededor, no vio personas. Entonces, velozmente, despojó del pantalón al borracho y lo violó.

Al amanecer, el borracho, con etéreo cuerpo nuevo, era ya un querube juguetón en la guardería del cielo. Dios escribía una nueva página del Diario del Planeta Tierra, aunque esa sería la última.

Sacerdote, ladrón y pervertido, antes de desaparecer junto con toda la humanidad, no lograron comprender por qué toda el agua del mundo se había petrificado para siempre.

EL MONSTRUO

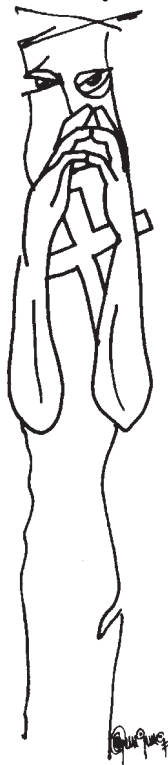


A medianoche llegaba el monstruo, con un alarido sostenido derrumbaba todas las paredes del edificio.

Abriéndose paso entre los escombros, surgía como una esperanza entre el desastre, su dulce esposa con el bebé en brazos. Ella miraba el edificio y los ladrillos volvían a su lugar. Ella miraba al monstruo. Éste se transformaba en un hombre diminuto, embriagado de angustia y alcohol.

El monstruo se perdía llorando, llorándolo todo.

CONVERSACIONES ENTRE DIOS Y DIABLO



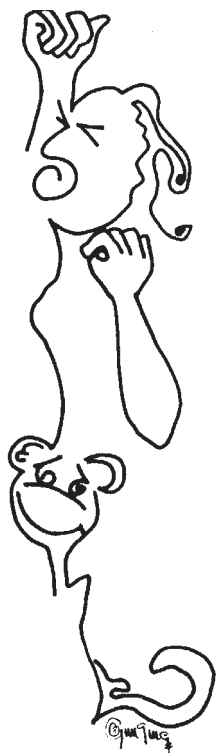
Dios vivía en un monasterio. Allí estudiaba, cantaba y enseñaba con ese amor que sólo él puede prodigar.

Diablo siempre llegaba el último día de la menguante, se le sentaba al frente y con el ceño fruncido le decía: -Deja de leer y escribir tanto. Vente conmigo a recorrer el mundo. No más cocina, ni limpieza, ni jardinería. Aquí las paredes son grises, el ambiente triste, todos lucen aburridos. Si supieras de lo que te pierdes.

Dios callaba y lo miraba dulcemente, como miran aquellos que participan del amor divino.

Diablo se sintió intrigado, se inscribió en el monasterio y nunca más regresó al mundo.

LOS HIJOS DE SALUSTIO



Salustio era un escritor muy enamorado. Se prendaba de las mujeres bonitas y se las levantaba con la frase: ¡Preciosa! Proceso fijo: adulación, brindis, hotelito.

Los amigos de Salustio no volvieron a hablarle porque las mujeres que les dejaba eran las menos atractivas.

El salustiano instrumento, que cualquiera creería enchapado en oro, dejó de lucirse sin aviso y sin protesta. Salustio decidió casarse de inmediato y pidió la mano de una niña de buenas costumbres para asentar cabeza. Después de efectuado el matrimonio, él le confesó a la señorita su problema. Ella lo dejó atónito con su sinceridad: unión por interés, pues no pensaba dejar a su amante. Salustio le agradeció profundamente su comprensión y llevaron una equilibrada vida, envidiada por las parejas turbulentas de la sociedad artística.

Todo iba de las mil maravillas hasta el día en que empezaron a llegar a la casa uno, dos, tres,...cincuenta mil hijos de Salustio. Chillaban, berreaban, cagaban, se tiraban de los muebles, se mordían, pedían tetero, comida, juguetes, dinero y los mayorcitos, mujeres. Destrozaron hasta las estatuillas capodimonti y las maticas del sanitario importadas de Japón.

La esposa de Salustio se enfureció y los conjuró: Fuera de aquí, manada de monos. Al instante, cincuenta mil monos de todos los tamaños pararon las colas y salieron disparados hacia la selva amazónica. Salustio, llorando, corría sin alcanzarlos. De él no se supo *never more*.

EL TÍO VIRGÍNEO



Él sabía que ella vendría un día, a cualquier hora. Por eso la esperaba sentado en su silla de mimbre, debajo del alero de su casa de campo. Ya los vecinos daban al tío Virgíneo por loco, o filósofo, pero nadie sabía que estaba enamorado. En la casa vivía un sobrino que se encargaba de los detalles de supervivencia del tío, sin inmiscuirse nunca en su vida contemplativa. En toda la vecindad se fue haciendo costumbre que cuando un niño se quedaba ensimismado, la madre le dijera: “Igualito al tío Virgíneo”.

Virgíneo murió sentado, esperándola. No fue posible enterrarlo porque su cadáver estuvo rodeado de abejas africanizadas que lo custodiaron varios años sin dañarlo. Todos se olvidaron de él, hasta el sobrino que se fue del pueblo, obstinado de verlo en esa inútil espera.

Nueve años más tarde, la atractiva prometida regresó al pueblo y logró atravesar el jardín enmontado de la casa del tío Virgíneo. Ahí estaba el esqueleto en la misma silla, esperándola, sentado. Ella nunca se preguntó qué había ocurrido, ni por qué un cinturón de castidad persistía sobre el pubis del tío Virgíneo. Para ella sólo habían transcurrido nueve años, para el tío Virgíneo, noventa.

PÉTICIÓN DE MANO

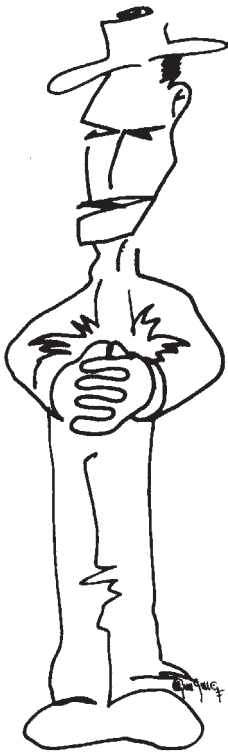


Habían terminado su noviazgo. La noche anterior, él le había propinado un certero golpe en la cabeza. Quedó viva de milagro.

Una semana después se atrevió a buscarla y le propuso, a gritos, matrimonio. Ella se asomó al balcón y le contestó: Cásate con tu madre.

Él se fue y se casó con su madre.

EL MEJOR AMIGO



Era agosto, llovía. Acababa de morir un habitué del Café de las antigüedades, el mejor amigo. De hecho, todos al morir pasamos a ser “tan buenos”. Lástima no poder resucitar y disfrutar de un trato mejor.

Esa noche, elegantemente vestidos y con aquellos cigarrillos que parecían mágicos, interminables, aparecieron como fantasmas deslucidos, los contertulios. Semejaban extrañas figuras expulsadas de un clan del horror; ya no asustaban a nadie. Con gentileza saludaron, dieron el tradicional pésame y luego convencieron a los familiares del difunto para que se fueran a descansar y los dejaran acompañar, por última vez, al mejor amigo. Petición concedida.

Sedoso, como el lomo de un gato negro, se deslizó el tiempo. La tertulia entró en ebullición en aquel oráculo funesto donde el humo desdibujaba los rostros de los presentes, transformándolos en demonios felices. Repentinamente, no pudiendo resistir más la tentación de dar su opinión, el muerto se sentó en el ataúd y les dijo: “...eso no es así, déjenme explicarles. Claro que necesito que me hagan la segunda ...”

Los contertulios ya habían visto tanto en este mundo que esto no era como para salir corriendo o mojarse los pantalones. Se miraron en silencio y entonces el más viejo de todos aconsejó al muerto: “Mira chico, tú te moriste esta mañana. Esto es la vida real y no literatura. Acuéstate otra vez y duerme tu sueño eterno. El muerto contestó: -Ah, ahora sí... ¿No y que yo era el mejor amigo de ustedes? ¿Pero qué pasa hermanos?

De un brinco el finado cayó parado en el centro del círculo de amigos. Agarró por un brazo al más joven y le dijo: -Anda, compañero, hazme

tú el primer turno de una hora. Así puedo conversar un rato. El elegido ocupó el lugar indicado.

Entre café y ron se fueron turnando en el sarcófago todos los contertulios. La risa del velorio molestaba a los durmientes. Hasta una anciana gritó desde su habitación: Ojalá se murieran todos para que dejaran de hablar tantas tonterías.

Amaneció muy gris el cielo y el gallo de la anciana trasnochada emitió un canto ronco y destemplado. Llegaron en un taxi los familiares del difunto, detrás venía el carro fúnebre, y por último salía de su jeep, desperezándose, el sacerdote.

En un círculo macabro, como una flor dibujada por el diablo, dormían para siempre los compañeros del mejor amigo. La urna estaba, inexplicablemente, vacía.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Quintero, C.A.
en el mes de Enero de 2004
300 ejemplares
Mérida-Venezuela